**Día VII Octava de Navidad**

****31 de diciembre de 2022
1Jn 2, 18-21
Sal 95
Jn 1, 1-18
*P. Eduardo Suanzes, msps*

Hoy, último día del año, la Liturgia nos propone como reflexión para esta Eucaristía el inicio, el Prólogo del Evangelio de Juan, donde se habla de lo que sucedió en el Principio. Y nos dice que *«en el principio existía la Palabra; la Palabra estaba en Dios y la Palabra era Dios […] La Palabra era la Vida y esta era la luz de los hombres […] Y la Palabra se hizo carne y habitó en medio de nosotros […] Y Ella que era el Hijo nos ha revelado al Padre»*.

Jesús que es la Palabra Encarnada, el Verbo Encarnado, decimos que es eso, Palabra, porque es todo lo que el Padre dice de sí mismo. Jesús es la Expresión del Padre. Les pondré un ejemplo, al que recurro con frecuencia, para que entendamos, tal vez, desde otra perspectiva, lo que esto significa.

Ustedes saben cómo se produce el sonido. Cuando yo hablo, el aire hace procedente de los pulmones hacen vibrar mis cuerdas bucales a una determinada frecuencia, las cuales mueven el aire de mi garganta a esa frecuencia, y esa capa de aire mueve la siguiente la que está en mi boca, y esa a la siguiente; y así sucesivamente hasta que mueven y hacen vibrar el tímpano de ustedes a esa misma frecuencia, lo que produce la excitación de las fibras que hay en vuestro oído interno que transmiten la información al cerebro. Todo esto se produce a una velocidad de 340m/s, que es, decimos, la velocidad del sonido. Fíjenses que mi cerebro ha necesitado del aire para que se produjera la transmisión del sonido, de tal suerte que si no hubiera aire ustedes no me oirían. Si se fijan, el aire es el elemento que hace posible que mi palabra, mi verbo, mi voz, llegue a ustedes y sea captada. Podemos decir que el aire es lo que hace inmediata mi palabra a ustedes: es el medio que hace posible el ser escuchada y acogida.

De igual manera, el Padre pronuncia su Palabra desde toda la eternidad, desde el Principio, como dice Juan en su Evangelio. Siguiendo con el ejemplo anterior esta Palabra tiene un medio en el seno de la Trinidad donde se pronuncia, y ese medio es el Espíritu Santo. El Padre la pronuncia y la escucha en el Espíritu; el Verbo es pronunciado y escuchado en el Espíritu.

Este Verbo llega a nosotros, por pura misericordia de Dios, haciéndose carne, haciéndose hombre, por lo que nosotros necesitamos de ese mismo medio que existe en la Trinidad para poder escucharla y acogerla: por eso se nos da el Espíritu Santo que es el que hace posible la revelación que Padre hace de sí mismo con su Palabra hecha carne.

Esto es lo que la Liturgia de hoy nos propone como reflexión para el último día del año. Estamos sumergidos, por el bautismo, en un medio que es el Espíritu Santo. No enrarecer ese medio, hacerlo cada día más puro se logra con la identificación cada vez mayor con ese mismo Espíritu. Darnos cuenta de que sin el Espíritu Santo es imposible acoger lo que el Padre dice de sí mismo, es decir, es imposible acoger la Palabra, es el secreto de la vida espiritual. La vida espiritual consiste, pues, en hacernos cada día más dóciles a la acción del Espíritu Santo; y no se trata tanto de hacer como de dejarse hacer.

Decía Heidegger[[1]](#footnote-1): «Todo discurso sobre Dios que no proviene del silencio y no conduce al silencio, no puede ser auténtico». En efecto. La realidad de la Palabra que se hace carne que estamos celebrando no debemos afrontarla desde el discurso racional, sino desde la vivencia personal. Dios viene de dentro, no de fuera[[2]](#footnote-2).

En Jesús ha ocurrido algo desconcertante[[3]](#footnote-3). Juan, como hemos oído, lo dice con términos muy cuidados: «*la Palabra de Dios se ha hecho carne*». No se ha quedado en silencio para siempre. Dios se nos ha querido comunicar, no a través de revelaciones o apariciones, sino encarnándose en la humanidad de Jesús. No se ha "revestido" de carne, no ha tomado la "apariencia" de un ser humano. Dios se ha hecho realmente carne débil, frágil y vulnerable como la nuestra.

Los cristianos no creemos en un Dios aislado e inaccesible, encerrado en su Misterio impenetrable. Nos podemos encontrar con él en un ser humano como nosotros. Para relacionarnos con él, no hemos de salir de nuestro mundo. No hemos de buscarlo fuera de nuestra vida. Lo encontramos hecho carne en Jesús.

Esto nos hace vivir la relación con él con una profundidad única e inconfundible. Jesús es para nosotros el rostro humano de Dios. En sus gestos de bondad se nos va revelando de manera humana cómo es y cómo nos quiere Dios. En sus palabras vamos escuchando su voz, sus llamadas y sus promesas. En su proyecto descubrimos el proyecto del Padre.

Todo esto lo hemos de entender de manera viva y concreta. La sensibilidad de Jesús para acercarse a los enfermos, curar sus males y aliviar su sufrimiento, nos descubre cómo nos mira Dios cuando no ve sufrir, y cómo nos quiere ver actuar con los que sufren. La acogida amistosa de Jesús a pecadores, prostitutas e indeseables nos manifiesta cómo nos comprende y perdona, y cómo nos quiere ver perdonar a quienes nos ofenden.

Por eso dice Juan que Jesús está «*lleno de gracia y de verdad*». En él nos encontramos con el amor gratuito y desbordante de Dios. En él acogemos su amor verdadero, firme y fiel. En estos tiempos en que no pocos creyentes viven su fe de manera perpleja, sin saber qué creer ni en quién confiar, nada hay más importante que poner en el centro de las comunidades cristianas a Jesús como rostro humano de Dios.

1. Martin Heidegger fue un filósofo alemán, considerado como uno de los pensadores más influyentes del siglo XX y de la filosofía contemporánea [↑](#footnote-ref-1)
2. Cfr. Fray Marcos. *Vivir la Encarnación de Dios en Jesús y en todos nosotros*. En www.feadulta.com [↑](#footnote-ref-2)
3. Cfr. José Antonio Pagola. *El rostro humano de Dios*. En www.feadulta.com [↑](#footnote-ref-3)